

Diego Armus (editor), 2024.

*Enfermedades argentinas. 16 historias.*

Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 497 p.

3

Narrar buenas historias constituye uno de los principales desafíos de la investigación historiográfica. ¿Es posible construir un relato atractivo sobre la historia de las enfermedades que, sin perder rigurosidad, articule las dimensiones biológicas, médicas y científicas con las memorias sociales y culturales, los activismos políticos, los discursos publicitarios, la institucionalización de políticas de salud pública? Sí, lo es. Leer el libro editado por Diego Armus es sumergirse en una compilación de historias de enfermedades que revelan las formas en que la sociedad argentina, desde fines del siglo XIX, las vivió, las significó, las temió y se organizó para tratarlas. Este volumen propone una cartografía que define los bordes de una historia social y cultural de la enfermedad, a partir de estudios de casos que permiten focalizar la forma que asumieron las enfermedades en la sociedad argentina.

La antología reúne dieciséis capítulos escritos por especialistas de un campo de investigaciones que tiene más de dos décadas de producción y estudio –entre ellos, Ricardo González Leandri, Maximiliano Fiquepron, Mauro Vallejo, Antonio Carbone, Matías Ruiz Díaz, Adrián Carbonetti, María Silvia Di Liscia, Eric Carter, Yolanda Eraso, Pablo Maddalena, Karina Ramacciotti, Daniela Testa, Juan Pablo Zabala, Fedra López Perea, Adriana Álvarez, Ángela Aisenstein, María Luisa Múgica y la propia coordinación de Armus.

El libro se organiza en torno a una serie de ejes desde los cuales se abordan y narran las denominadas enfermedades argentinas. En primer lugar, una dimensión discursiva, que examina las asociaciones simbólicas y los significados culturales que acompañaron a cada enfermedad. En segundo lugar, una dimensión política, que explora las formas y los efectos de las intervenciones estatales en materia de salud pública y, finalmente, una dimensión sobre la experiencia del enfermar, reconstruidas a partir de relatos que contribuyen a la inscripción de esas experiencias particulares en la historia social y cultural de la enfermedad.

Las historias aquí compiladas rompen con los marcos de las periodizaciones políticas tradicionales. Los autores proponen nuevas unidades de sentido histórico que se originan en los brotes epidémicos, en los períodos marcados por la peste y la mortalidad, en los avances terapéuticos vinculados con la cura –como las vacunas y los tratamientos médicos– y en la consolidación de políticas públicas de salud e higiene, entre otras marcas temporoespaciales. Las periodizaciones, incluso aquellas que trabajaron sobre procesos concretos de pandemias o epidemias, se construyeron en un análisis multiescalar que tensa las interpretaciones de una historia de la enfermedad que global, transnacional y transhistórica.

La propuesta editorial de Armus parte de una hipótesis clara: las enfermedades se “localizan” –es decir, su impacto y su significa-

do dependen del tiempo y del lugar—: tienen historia, contexto, experiencias y políticas estatales específicas. En este libro, la temporalidad de estudio y análisis renuncia a circunscribir la biografía de las enfermedades a los tiempos de la historia política nacional. Localizar es aquí contar una enfermedad focalizada en las tramas de un territorio, una historia y unas políticas de salud específicas.

Las diversas historias de este libro dan cuenta del modo en que las enfermedades argentinas se transformaron en un problema público que demandó respuestas estatales específicas, que transformó la sociedad, los sistemas sanitarios y los modos sociales de significar y debatir sobre salud y enfermedad. Si repasamos los capítulos sobre el chagas (Juan Pablo Zabalá), el cólera (Ricardo González Leandri), el paludismo (Eric Carter), la viruela (María Silvia Di Liscia) y la tuberculosis (Diego Armus), encontraremos allí el hecho público, político, cultural y sanitario en que se convierten estas enfermedades entre fines del siglo xix y principios del siglo xx.

En estas páginas hallaremos menos relatos heroicos sobre los descubrimientos científicos y más historias de los desconciertos e incertidumbres de la biomedicina. En el capítulo sobre la neurastenia y los neurosténicos (Mauro Vallejo) o en la investigación sobre la sífilis en Rosario (María Luisa Múgica), la búsqueda de la etiología de los males, el debate sobre su sintomatología y las formas de nombrar y diagnosticar el mal atraviesan la biografía histórica de estas enfermedades.

En los relatos sobre la gripe española en Argentina en 1918-1919 (Adrián Carbonetti), se revelan los límites y la fragmentación del sistema sanitario para hacer frente a un

virus que dejó en evidencia las desigualdades sociales y la pobreza. En esta misma línea de análisis se encuentra la investigación sobre el dengue (Adriana Álvarez), el mosquito *Aedes aegypti* y las estrategias de control de los rebrotes que exigieron acciones estatales coordinadas y planificadas.

Otro eje central de este libro es la descripción de los procesos de institucionalización de los dispositivos estatales de atención y administración sanitaria, junto con el desarrollo de un mercado de bienes y servicios vinculados al bienestar y a la cura. La biomedicina aparece en estas narrativas interpelada por sus propios límites para ofrecer respuestas a las dolencias. En este escenario, emergen figuras y prácticas heterogéneas —sanadoras, curanderos, tratamientos naturales, jarabes y pócimas— que coexistieron con la medicina científica y que completan el mapa cultural de las enfermedades en la Argentina moderna.

La instalación de *culturas de higiene* frente al temor al contagio es uno de los tópicos que podemos leer sobre las consecuencias sociales de la tuberculosis, la sífilis, la fiebre amarilla (Maximiliano Fiquelone), la peste bubónica (Antonio Carbonetti y Matías Díaz), el cólera, el chagas. Los debates científicos sobre miasmas, bacterias, virus o parásitos expresan las formas en que los imaginarios sociales de fines del XIX hasta 1960 construyeron metáforas sobre la pobreza, la desigualdad y la salud.

El libro ofrece varias formas de organizar la lectura: a partir de las incertidumbres biomédicas, de postales comparadas de una misma enfermedad a principios y a fines del siglo xx, en función de su carácter endémico, pandémico, epidémico; a partir de los activismos políticos, mili-

tantes que se organizaron en la sociedad civil o de las experiencias de las personas enfermas. En este último sentido, el capítulo sobre la poliomielitis (Daniela Testa), además de explicar cómo esta generó, a partir de las primeras epidemias en 1936, la necesidad de organizaciones especializadas, infraestructura, campañas de vacunación, la historia de Cecilio, un milagro de la rehabilitación, tramando registros de escrituras y dimensiones de análisis desde las biografías personales a la biografía de la enfermedad en nuestro país.

Hay cuatro capítulos que aportan frescura y novedad a esta compilación que podría también organizarse entre un núcleo clásico de enfermedades en el campo historiográfico sobre la salud y la enfermedad y un grupo de investigaciones que renuevan algunas preguntas sobre los estilos de vida y sobre las formas de organización de los activismos en salud.

El cáncer como tema de investigación médica (Yolanda Eraso) aparece en Argentina hacia 1910 con hipótesis que lo imaginaron producido por bacterias, por herencia o por la exposición ocupacional a ciertos químicos. Hacia la mitad del siglo xx, se instalaron las hipótesis sobre un estilo de vida y factores medioambientales cancerígenos. En sintonía con esta discusión, la investigación sobre las enfermedades cardiovasculares (Karina Ramacciotti y Pablo Maddalena), el corazón como músculo infatigable y su relación con el mundo del trabajo, revela la necesidad de historizar una de las causas de muerte más prevalente en el mundo contemporáneo. El

capítulo sobre el buen comer y el mal comer (Ángela Aisenstein) observa que la alimentación se vuelve un problema público a mediados del siglo xx, asociado también a los estilos de vida y a las “enfermedades de la civilización”. Los debates sobre la obesidad y la ausencia de la institucionalización de una discusión sobre la anorexia tensan entre las acciones e intervenciones de la salud colectiva y los repertorios de autocuidado personales contra el pánico moral de un cuerpo obeso.

Finalmente, el capítulo sobre el VIH y el SIDA (Freda López Perea) describe los desconciertos sobre sus orígenes, los grupos de personas que fueron estigmatizadas racial, sexual y genéricamente, y el diseño de políticas públicas sobre esos grupos que fueron considerados “de riesgo”. El VIH no solo movilizó recursos sanitarios, sino que también reconfiguró los discursos sobre moralidad, ciudadanía y derechos. En este contexto, los activismos militantes, las ONG, el mundo de la cultura y la sociología de la salud contribuyeron a dar visibilidad política a la demanda “Convivir con el virus” en la lucha por el acceso a tratamientos en el siglo xxi.

*Enfermedades argentinas...* constituye una obra indispensable para quienes deseen comprender cómo las enfermedades no solo afectan cuerpos, sino que producen estados, instituciones y memorias. Su mayor virtud es habernos devuelto las preguntas por la institucionalidad sanitaria localizada: ¿qué tipo de Estado y qué repertorios administrativos y políticos emergen cuando una sociedad enfrenta una enfermedad?

Agustina Cepeda

Universidad Nacional de Mar del Plata

